SAN ILDEFONSO

por

José Carlos Vizuete Mendoza

> "Al terminar el año decimoctavo del citado príncipe [Recesvinto], al día siguiente, que era el décimo antes de las kalendas de febrero, se despojó de su cuerpo y en la iglesia de Santa Leocadia recibió sepultura, enterrado a los pies de su antecesor, con el que, según se cree, goza del eterno lugar en la claridad".

Con estas palabras concluye el *Elogio de San Ildefonso*, una breve reseña biográfica que escribió San Julián de Toledo, su segundo sucesor en la sede toledana, que lo conoció y trató. Este escrito, la más antigua biografía del santo que conservamos, nos informa sucintamente de su actividad: su vocación monástica temprana, sus largos años en el monasterio Agaliense, próximo a Toledo, la fundación con sus bienes de un cenobio para vírgenes, el ascenso al abadiato de su monasterio, su elección como pastor de la diócesis, y la enumeración de sus escritos. La única precisión cronológica de todo el relato es la fecha de su muerte: Ildefonso murió el 23 de enero del año 667 y sus restos se depositaron en la basílica, hoy desaparecida, dedicada a la santa toledana en la Vega. Así pues, nada sabemos de su nacimiento. Sin embargo, los historiadores de la época y la Iglesia visigoda son concordes en que éste acaeció en una fecha no posterior a 607, pero tampoco muy anterior.

Por otras fuentes sabemos que participó como abad en los concilios toledanos VIII (653) y IX (655), en los que su firma aparece en las Actas, y sin duda en el X (656), aunque en las de éste no aparecen más que los nombres de los obispos y los de sus vicarios y no los de los abades entre los que se encontraba Ildefonso. Al poco de concluir este concilio murió el arzobispo Eugenio y Recesvinto lo colocó en la sede toledana, que rigió, según dice el *Elogio*, "nueve años y casi dos meses" durante los cuales no se reunió en Toledo ningún concilio.

Las tradiciones de los favores celestiales que recibió -el milagroso hallazgo del cuerpo de Santa Leocadia y, sobre todo, la descensión de Santa María y la imposición de la casulla- no aparecen en esta primera biografía y son fruto de una elaboración posterior, probablemente del siglo X en el ambiente mozárabe de León, muestra clara de la difusión de la devoción a San Ildefonso cuyo nombre, Alfonso, llevaron muchos de los monarcas de la dinastía asturleonesa. Uno de ellos, Alfonso II, edificó en Oviedo la llamada Cámara Santa convertida capilla de reliquias de origen diverso entre las que destacan las de de procedencia toledana y cuya cripta está dedicada a Santa Leocadia. Pero los restos de San Ildefonso no se encuentran allí, sino en Zamora donde, según una tradición medieval, fueron descubiertos por un pastor el 26 de mayo de 1260, según la narración de fray Juan Gil de Zamora.

Coetáneos de este relato del hallazgo de las reliquias son dos narraciones literarias de la descensión de Santa María y la imposición de la casulla a San Ildefonso, la primera abre los *Milagros de Nuestra Señora* que escribió Gonzalo de Berceo; la otra es la segunda de las *Cantigas de Santa María* obra del rey Sabio, Alfonso X. Ambas contribuyeron a mantener la popularidad del santo arzobispo entre el pueblo y a difundir su culto. Poco después, primero en el reino de Castilla (1302) y luego en el de León (1335), sendos concilios provinciales, reunidos respectivamente en Peñafiel y Salamanca, ordenaban la celebración solemne de su fiesta.

Se fijará entonces la iconografía del santo, centrada en el milagro de la descensión, tal como aparece en algunos manuscritos, desde los que ilustran las cantigas alfosíes o las obras de San Ildefonso, en especial su *De virginitate perpetua Sanctae Mariae*. Sin embargo, la representación más antigua del santo arzobispo en la catedral de Toledo, los relieves de la bóveda de la Puerta del Reloj, no reflejan este acontecimiento. Narran en una sucesión cuadros de la vida de Ildefonso, obispo: enseñando, escribiendo, celebrando; las otras escenas parecen sugerir, más que el enterramiento de su cuerpo en la basílica de Santa Leocadia, el hallazgo de las reliquias en Zamora acaecido unos pocos años antes de la decoración de esta portada de la catedral, sin duda la más antigua.

Quizá la primera reliquia del santo con la que contó la catedral, dejando de lado la piedra de la descensión, tan venerada siempre por los toledanos, fue la remitida desde Italia por el cardenal Gil de Albornoz, albergada en una preciosa estatuilla gótica que se conserva en el Ochavo. Pero es el milagro de la imposición de la casulla el más reiteradamente representado. De todos ejemplos, el que prefiero es el grandioso relieve del retablo de la capilla de San Ildefonso en la girola de la catedral toledana, frente al *Transparente,* mandado construir por el cardenal Lorenzana. De la estructura arquitectónica se encargó Ventura Rodríguez, que hizo un retablo neoclásico, con la mesa de altar, ejecutado en riquísimos jaspes de colores diversos con bella guarnición de bronces dorados, para contener un gran relieve que representa la imposición de la casulla a san Ildefonso, realizado por Manuel Álvarez en mármol de Génova. Iconográficamente, el recuerdo de la antigua iglesia hispana, representado por san Ildefonso, patrón de la diócesis y una de las figuras más preclaras de los tiempos góticos, se ve reforzado por la presencia, en dos medallones de alabastro, de los bustos de san Leandro y san Isidoro que, colocados a izquierda y derecha del altar, asisten al milagroso suceso que relata el relieve. Al realizar esta obra, Lorenzana estaba animado por algo más que motivos estéticos: la recuperación de las raíces cristianas de España. En este marco es el en el que hay que situar las constantes referencias a los Concilios de Toledo en sus escritos, las ediciones de la *Misa Gótica* y su *Breviario*, la restauración de la Capilla Mozárabe y la edición de las obras de los Santos Padres Toledanos, entre ellos San Ildefonso.